

AGENDA CIUDADANA

INFORTUNIO QUE NO SE EVITO

Lorenzo Meyer

No era Inevitable.- En ciertas circunstancias, la lentitud en el cambio político es deseable porque ayuda a evitar radicalismos y permite los acomodos lentos y pacíficos de los intereses encontrados. Sin embargo, hay otras donde ocurre exactamente lo contrario, especialmente cuando un número cada vez mayor de actores demandan el cambio pero los intereses creados lo postergan para prolongar la vigencia de un régimen obsoleto y crecientemente disfuncional. Esto último es justamente lo que ha ocurrido en México en los últimos años: la resistencia de un partido corporativo y autoritario esta alargando artificialmente la vida de un sistema ya inviable. Uno de los resultados de lo anterior es el aumento innecesario del costo social de la transición a un régimen más legítimo y moderno, que refleje mejor la creciente pluralidad mexicana. En efecto, es posible argumentar que una buena parte de los males sociales que han visitado a nuestro país en los tres últimos lustros --crisis económicas repetidas, conflictos postelectorales, levantamientos armados, asesinatos políticos, corrupción creciente, inseguridad pública, etcétera-- se hubiera podido evitar parcial o totalmente si el cambio se hubiera hecho cuando aparecieron los síntomas de agotamiento del sistema político postrevolucionario, allá por los años sesenta y setenta.

En una ceremonia que tuvo lugar hace poco, se rindió un homenaje al ex primer ministro español Adolfo Suárez (1976-1981). Fue un reconocimiento (la medalla de Oro de Castilla y León) a un personaje que a pesar de tener su origen en el autoritarismo --había sido ministro de Franco-- supo reconocer la naturaleza de los tiempos y usar la legalidad del propio viejo régimen para facilitar un tránsito rápido y casi indoloro de la dictadura a la democracia plena. Como se recordará, tras la muerte del "caudillo" en 1975, el gobierno de Carlos Arias Navarro --un nostálgico del antiguo orden--, se mostró inferior a la exigencia de las circunstancias. Fue entonces que el rey Juan Carlos decidió encargar a Suárez la tarea histórica de aislar a los extremos políticos, neutralizar al ejército, crear un consenso entre los moderados de derecha e izquierda y dar forma a nuevas y más modernas reglas del juego político. Suárez cumplió cabalmente su cometido, construyendo en menos de cinco años una España "donde --según sus propias palabras-- todos pudieran sentirse a gusto". Fue por ello que el presidente de Castilla y León le dio las gracias al antiguo jefe de gobierno en estos precisos y muy justos términos: **"por el infortunio evitado"** (*El País*, 22 de marzo). Las palabras son exactas: en su momento, el político de Cebreros se movió con rapidez y decisión, se sobrepuso a los que temían al cambio y al retirarse ya existía un nuevo orden.

Contraste.- En contraste con lo ocurrido en España hace dos decenios, ninguno de los últimos jefes de gobierno mexicanos nos ha ahorramos infortunio alguno y no tenemos gracias que darles. Los cambios que hemos experimentado --y son importantes-- han sido empujados a contrapelo por la sociedad.

Desde las alturas del gobierno, nadie ha tenido la grandeza de miras, la generosidad de espíritu ni la presencia de ánimo suficientes, para haber evitado a nuestro país el *viacrucis* que ha vivido desde 1968 y cuyo fin aún no estamos ciertos que llegó.

Un ejemplo de la negativa a impulsar el cambio desde la cima del poder, de la resistencia a abandonar los viejos moldes en aras de dar forma a una política nueva y un país en donde finalmente "todos puedan sentirse a gusto", lo constituye la reafirmación de la identidad Presidencia de la República-partido con 68 años ininterrumpidos en el poder.

En un principio, Ernesto Zedillo anunció a todo pulmón que se proponía construir y mantener una "sana distancia" entre su presidencia y el partido que le había permitido llegar al poder. En un sistema político normal, es decir, plural, abierto, democrático, un ofrecimiento similar sería absurdo; ningún presidente o primer ministro democrático puede pretender mantenerse lejos del partido que le llevó al poder, ni a nadie en su sano juicio se le ocurría pedírselo. Sin embargo, cuando el presidente Zedillo hizo el planteamiento de la "sana distancia" no se le vio como un

disparate sino como un paso indispensable en la dirección correcta, en la disolución de la histórica "cercanía enfermiza" entre el Poder Ejecutivo y un partido monopólico. El admitir, desde el poder que la salud política de México requería que presidencia y partido en el poder se distanciaran, era también la admisión de que en México la actitud de la cercanía anterior, era ilegal y desde luego ilegítima, pues el partido del presidente actual y todos los 13 anteriores, era en realidad un partido de Estado, la antítesis del partido democrático.

Pues bien, del compromiso presidencial inicial de empezar a marcar y crear, después de casi siete decenios, la distinción entre gobierno y partido, hoy ya no queda más que el recuerdo. En efecto, el pasado 12 de abril, en un acto un tanto inesperado, el presidente Ernesto Zedillo y el grueso de su gabinete, se presentaron en la sede nacional del PRI para atestiguar la ceremonia de toma de protesta a los candidatos que ese partido apoyará en las próximas elecciones --candidatos no seleccionados por las bases de su partido sino por los representantes del Poder Ejecutivo. Ahí, el presidente aprovechó la ocasión para afirmar que, desde su perspectiva, para seguir adelante con el programa de gobierno y la superación de la crisis --crisis provocada por los propios errores del gobierno-- es condición necesaria e imprescindible que el PRI mantenga el control del Congreso. Y como al PRI lo sigue controlando el Ejecutivo (el presidente ha llegado a emplear el posesivo

"mi" al referirse a la mayoría priístas en el Poder Legislativo), de cumplirse el deseo presidencial la relación Ejecutivo-Legislativo seguiría manteniendo, en lo esencial, el carácter que ha tenido desde el momento mismo en que se inició el régimen actual, allá en 1917.

A la crítica sobre la renuncia a construir la "sana distancia", el presidente Zedillo ha contestado que no hay nada ilegal en la asistencia del jefe del Poder Ejecutivo a la sede de su partido ni en el apoyo discursivo a los candidatos de ese partido. En sentido estricto, la afirmación es cierta. Sin embargo, mientras no quede claramente demostrado que el PRI ya no es un partido de Estado --el reciente *affaire* Nuñez donde se hizo un uso ilegal de recursos de la Secretaría de Gobernación para la propaganda electoral del ex subsecretario hoy candidato del PRI, muestra que hay razón para seguir considerando que el partido de Estado subsiste--, lo que es legal puede ser, también, ilegítimo e incluso inmoral. Ampararse en formas que no han correspondido nunca con la realidad, es pretender negar ese peculiar "misterio" *non sancto* en que se asienta la política mexicana: el poder es, a la vez trino --presidencia-gobierno-partido-- y uno solo.

En el discurso que constituye el epitafio de la "sana distancia", el presidente Zedillo argumentó que es indispensable para su presidencia seguir contando con el apoyo del Congreso --es decir, con el control del Legislativo--, pues únicamente así se podrá hacer de México

"un auténtico país de leyes". En esa afirmación hay una contradicción no tanto teórica como práctica, pues es imposible que México llegue a ser ese "país de leyes" que se busca --uno donde exista el Estado de derecho--, en tanto subsista, en la práctica, el predominio y control del presidente sobre los otros dos poderes: el legislativo y el judicial. Y ese dominio subsistirá en tanto el PRI mantenga el control del Congreso. En la actual legislatura que Ernesto Zedillo busca reproducir para el próximo trienio, más del 80 de las iniciativas de ley fueron elaboradas por el Ejecutivo y prácticamente todas ellas las aprobó "su mayoría", en tanto que las propuestas del PRD se desecharon y sólo unas pocas del PAN se tomaron en cuenta. Esa no es la naturaleza de una verdadera democracia, pues gracias a la identidad presidencia-PRI, el Ejecutivo pudo tener un predominio total de la maquinaria legislativa a pesar de que en las elecciones del 94 el zedillismo únicamente recibió el apoyo de la mitad del electorado. La acción legislativa que el presidente intenta volver a reproducir entre 1997 y el año 2000 sería la prolongación de la distorsión de la pluralidad que realmente existe en el país.

Sospecha.- Durante su discurso en la sede del PRI, y al referirse a la importante elección del jefe del gobierno de la Ciudad de México, el presidente Zedillo clavó su mirada en Alfredo del Mazo y sin empacho declaró ante su entusiasta auditorio: "estoy viendo al que será electo". En un sistema político como el nuestro, con una muy arraigada tradición de

resultados electorales predeterminados y sin credibilidad, es pésima idea que el presidente declare públicamente quién será el siguiente ocupante de un cargo políticamente muy importante pero supuestamente de elección popular. Adelantar el triunfo de Alfredo del Mazo por boca del presidente, es arrojar desde ahora una sombra de duda sobre los resultados electorales si estos le son favorables al candidato oficial. Y la duda se ensancha al constatar que la predicción presidencial se hace teniendo como telón de fondo una serie de encuestas de opinión pública que sistemáticamente arrojan resultados negativos para el personaje a quien el jefe del Ejecutivo acaba de declarar seguro triunfador. ¿Será que el presidente Zedillo sabe algo sobre el proceso electoral en puerta que el grueso de los capitalinos no sabemos?.

Las Peculiaridades.- Cada uno de los cambios de régimen político que se han efectuado en el último cuarto de siglo en América Latina, Europa o Asia y que han desembocado en la inauguración de una institucionalidad democrática, ha sido diferente del resto, marcado por la peculiaridad histórica. Esa peculiaridad en el caso mexicano es justamente la experiencia de la estabilidad no democrática más prolongada del mundo en el siglo XX. Se trata, por otra parte, de una estabilidad muy institucionalizado y con una auténtica base social como producto de una gran revolución. Sin embargo, esa base social se ha erosionado y, aunque con gran dificultad, ya han surgido auténticos partidos de oposición y organizaciones no gubernamentales independientes, que han

usado la lentitud del cambio para adquirir experiencia y madurar.

La Gran Oportunidad.- Hoy, al abrirse la oportunidad de que ocurra eso que el presidente teme --un Congreso que no este dominado por el PRI--, surge la posibilidad de que México cuente con un Poder Legislativo que no este dominado de manera automática por ningún partido, donde ya no sea posible el mayoriteo y por tanto se pueda fiscalizar de manera efectiva el quehacer de la presidencia. De ocurrir lo anterior se presentaría la gran oportunidad histórica para enterrar de una vez por todas una forma de hacer política que ya no corresponde a la naturaleza y necesidades de la sociedad mexicana.

Tres años de un Poder Legislativo independiente, puede ser justamente el camino que lleve a una feliz conclusión a la transición mexicana. Obviamente la anterior es sólo una posibilidad y no la más segura. La otra es que se imponga la voluntad presidencial.